

EL VELO DE ISIS XX
LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA
La vida misma

Nos encontramos ante una historia larga y realmente intrincada, en la que continuamente nos hacen ver los deseos de los seres humanos, que ansían lo que no tiene.

El rey Schazmann, desea tener un hijo y después de muchas vicisitudes lo logra, y oh! sorpresa y ese hijo crece y no desea casarse ni tener descendencia, ante el dolor de su padre que lo había tenido a él después de años de búsqueda.

Suele ocurrir que los deseos de los padres no sean los de los hijos porque no son fotocopias nuestras, sino seres con personalidad y con trabajos que les corresponden y que no son los de sus ancestros.

Eso a veces nos produce problemas o castigos pues el Rey encierra a su hijo en una torre, hasta que cambie de opinión, porque el rey es el rey y cree que ha de mandar en todo, hasta en la vida de otras personas.

Coincidencias y mensajes del hada de la cisterna de la torre, o sea del lugar donde se almacena el agua símbolo de los sentimientos. Así ella se entera de lo que ocurre y lo cuenta al genio Danhasch, que cuida a una joven que tiene los mismos deseos de soledad y no unión con un hombre, como le ocurre al príncipe de la torre.

Eso hace que se les ocurra hacer que se encuentren, uniendo así dos opuestos para lograr un objetivo. Efectivamente ambos jóvenes se conocen y nace en ellos el amor, al pasar una noche juntos, y hacer intercambiado los anillos que cada uno lleva.

Pero al despertarse el siguiente día, ya no están juntos y a pesar de contar la historia una y otra vez e insistir que no es un sueño nadie les cree. Es evidente, los seres humanos necesitamos pruebas para creer, no las hay, no creemos.

A pesar de todo siempre hay seres humanos, dispuestos a ayudar y que creen en las palabras de otros, por eso el hijo del ama de leche de la princesa, que la conocía y la quiere, tratando de ayudarla sale en busca del joven y efectivamente escucha una historia semejante pero de otro sexo, en una ciudad marítima, donde le informan como llegar al lugar donde está el joven, que puede ser por tierra o el camino mas corto, por mar, de nuevo el agua, las emociones y los sentimientos, que pueden mas que la materia.

El elige el mar, pero por la impericia del piloto, el barco se estrella y ha de ganar a nado la tierra, lo que nos afirma que hay momentos en que necesitamos y recibimos ayuda, pero que el trabajo o los logros siempre han de pasar por nuestras manos.

Le cuenta al príncipe porqué ha venido y lógicamente él deseo irse a buscar a la princesa, y para eso, le dice al Rey que se va con éste joven que acaba de llegar, a disfrutar de tres días de caza. El tres número simbólico, unión de 1 y 2, unión de dos opuestos para lograr el tercero, como el ejemplo de hombre mujer, que al unirse dan lugar al nacimiento del hijo.

El príncipe y el joven esperan a que los acompañantes se duerman, toman sus ropas y sus caballos y huyen, para que nadie sepa hacia donde dirigen, hasta que llegar a una encrucijada de cuatro caminos. Allí, dejan sus ropas principescas teñidas de sangre y al caballo muerto, dejando pistas para que creen que han fallecido.

Es usual que los seres humanos que están motivados por algo que les impulsa, por metas a lograr, son capaces con su ingenio de manipular y utilizar todos los medios, para evitar que los detengas, aunque no sean medios lícitos.

Llegan por fin al encuentro con la Princesa, y para ello se ha disfrazado de astrólogo, una forma de acercarse a ella sin levantar sospechas. Es así que se encuentran, se identifican y se casan.

Parece ser que ese el final de todos los cuentos, se casan, viven felices y fin. Pero no es así en éste, porque el príncipe una noche, tiene un sueño en el que ve a su padre a punto de morir y apenado, decide ir a verlo con su esposa, lógica decisión porque una vez casado, los problemas o imprevistos les pertenecen a ámbos, no a uno solo.

A los 40 días de marcha -40, símbolo de cambio y transformación- llegan a un prado donde acampan. Ella se duerme y se quita un cinturón que llevaba y el príncipe curioso lo mira, descubriendo una piedra preciosa en su interior, una cornalina con letras grabadas ininteligibles, que luego supo había sido un regalo protector de su madre, la reina. Para observar mejor la joya, sale de la tienda, o sea de un lugar seguro y al brillo de la luz un pájaro, se la quita, va saltando de arbusto en arbusto y él lo sigue, sin darse cuenta que se ha perdido en el bosque.

Aquí nos encontramos con un mensaje muy claro, corriendo tras lo que nos interesa, no nos fijamos los pasos que damos, no vemos el camino, cuando es tan importante saber por donde pisamos, como lograr lo que queremos recuperar.

El príncipe pues no puede regresar con su esposa, y caminando llegan a una ciudad marítima, donde consigue trabajo con el jardinero, que lo acoge y le informa que para que él pueda llegar a su destino ha de esperar un buque que viene cada año, y mientras tanto puede quedarse con él.

¿Qué pasó con la esposa? Pues que al despertarse, observa que no tiene la piedra en su cinturón y que él esposo no está y no sabe nada de él, y no se le ocurre mas que suplantar su identidad, haciéndose pasar por el Príncipe y llega así a una isla de nombre Ebano, donde conoce al Rey del lugar, quien le propone casarse con su hija, y para no descubrir que no es un hombre, se casa con ella, y si le cuenta lo que ocurre, a lo que ella acepta y calla.

Suplantar personalidades que no nos corresponde, puede llevarnos a aceptar situaciones realmente incómodas, porque no podemos interpretar lo que no somos, tarde o temprano se descubrirá.

Entretanto el príncipe observa una pelea entre pájaros, quedando uno de ellos destrozado y oh, sorpresa, en su interior esta la cornalina de su esposa, recuperando así lo perdido. En cualquier momento de nuestra vida, aún sin preverlo ni esperarlo podemos recibir aquello que necesitamos. Es el momento en que el barco que lo ha de llevar a su destino aparece, pero también y casualmente el día en que el jardinero está a punto de morir, y el debe elegir, siendo humano y atendiendo agradecido a quien le ayudo, y por ello pierde el barco, pero hace lo

que desea realmente y no lo que tiene que hacer. Mas de una vez los seres humanos nos encontramos en la misma situación y siempre nos aconsejan "ante la duda, elige el amor y noerrarás".

En el barco está la carga de aceitunas, mezcladas con el oro que el encontró en el jardín, y la cornalidad de su esposa, pero él no ha logrado acompañar la carga, que la princesa compra cuando llega a la isla de Ebano, y así encuentra su joya perdida y desea hablar con el dueño de la carga que no había podido embarcar, por lo que obliga al barco a ir a recogerlo y llevarlo ante su presencia.

Realmente este momento de la historia nos demuestra, que si actuamos correctamente, recibiremos recompensa, o sea aquello que has sembrado recogerás, que es lo que le ocurre al príncipe aunque no en el momento que desea, sino cuando está preparado para recibirlo.

Tiene lugar el reencuentro con su esposa, y con la figurada esposa de su esposa. Lo aclaran todo ante el Rey y es así que se siente agradecido y obligado, mediante la aceptación de su esposa a casarse también con la hija del Rey que ha ayudado a su verdadera esposa. Al pasar el tiempo, ambas esposas, tienen un hijo de él, que crecen juntos y se quieren mucho.

Es normal que estas situaciones se daban en cualquier cultura como la egipcia, por lo que no hemos de extrañarnos de estos arreglos inusuales, para la vida actual.

Dada lo amplitud y situaciones de éste cuento, creemos oportuno parar aquí, continuando D.m. en el próximo Capítulo.

C.E.A.

EL VELO DE ISIS

Capítulo XX

Comienza el "Libro de los caballeros andantes" o de los amores de Kamaralzamán y Badura

El más hermoso cuento de Las mil y una noches.–¿La novela primitiva?–El mito español de Flores y Blanca- Flor en semejanza con el de Kamaralzamán y Badura.–El eterno ogro o "Habitante del Umbral".–La obra de un sabio catedrático de Madrid.–La isla de los hijos de Kalendán o "de los calendos" de capítulos anteriores.–El hada Maimuna y el genio Danhach.–Idilio de soñado amor.–Intervienen la Magia y las pruebas del sendero.–El humano cometa o "peregrino".–La isla de Ebabo.–La Montaña del fuego.–Badura y Haitalnefus.– El santo jardinero.–Kamaralzamán bajo el Árbol de la Sabiduría.–El tesoro del anciano maestro.–Historia de los dos príncipes Amgiad y Assad, viejos Cástor y Pólux parsis.–La fuga.–La montaña inaccesible.

El cuento más hermoso quizá de Las mil y una noches es el que sigue. Lo que podríamos llamar "novela primitiva" aparece ya en él con todo su esplendor. Antes de comentar nada, daremos su texto, que dice así en todas las versiones (1):

En el vasto mar que baña las costas de Persia hay una isla que se llama de los hijos de Khalendan, poblada de ciudades florecientes y antiguamente gobernada por el rey Schahzamán, quien tenia cuatro mujeres legítimas y sesenta concubinas. Lo único que turbaba la felicidad de este anciano monarca era el no tener hijos de ninguna de sus mujeres.

Cierto día en que se lamentaba de ello con su visir, éste le dijo:

–Señor, cuando las reglas naturales fallan es cuando suele venir de Dios el oportuno auxilio. Sed, pues, piadoso y esperad.

En efecto, de allí a poco, una de sus mujeres concibió y le dió un hijo hermosísimo, que el rey se apresuró, a su tiempo, en darle la más esmerada de las educaciones.

Creció así el joven Camaralzamán, o "la luna del siglo", mostrando a las claras hallarse dotado de un genio superior. Desgraciadamente, aunque alcanzara ya la edad nubil, se mostró siempre refractario a toda idea de matrimonio que asegurase al anciano rey la continuación de su dinastía. Siempre decía que las mujeres son pérfidas y no dan sino disgustos, según había leído en los libros de los sabios Exasperado, el rey, amenazóle con sus iras; pero el príncipe siguió resistiéndose, y por todo conseguir. sólo logró de su padre que le diese un año de plazo para resolverse. Con tal motivo entre padre e hijo mediaron grandes discusiones acerca de si el hombre debería casarse para continuar así los dolores de la Humanidad, o era preferible el ascetismo absoluto.

Pasado el plazo y continuando el príncipe en su resistencia, el padre le mandó encerrar en una vetusta torre, abandonada hacía siglos, bajo la custodia de un solo esclavo para que le sirviese. Allí respiró el joven con más libertad, lejos de las inoportunidades paternas, y consagrándose al estudio se le hizo muy llevadero su aislamiento.

Conviene saber, además, que en aquel antiguo retiro había una cisterna, morada, desde hacía tiempo, del hada Maimuna, hija del poderoso genio Danriat. Cierta noche en que el hada se echaba al mundo, según costumbre, hubo de quedarse pasmada ante la hermosura y gallardía del dormido príncipe Camaralzamán. Tanto que, luego de haberle besado en ambas mejillas, voló al encuentro del rebelde genio Danhasch, quien le dijo:

–Vengo de los confines de la China, donde su rey Gaiur tiene por hija a la más hermosa doncella que el mundo ha visto, y para guardarla la ha encerrado en un palacio espléndido rodeado de siete muros: el uno de cristal de roca, el otro de bronce, el tercero de finísimo acero, el cuarto de oricalco (cobre), el quinto de piedra imán, el sexto de plata y el séptimo de oro.

Los reyes más poderosos solicitan casarse con la joven; pero ella se resiste obstinadamente al matrimonio, por lo cual el padre, creyéndola loca, la tiene encerrada en el palacio con su ama de leche y otras nueve sirvientas, habiendo hecho pregonar por todo el reino y los vecinos que a quien acierte a curarla de su locura le sería dada por esposa. Ven a verla, buen hada, y te convencerás de que no exagero nada en mi pintura sobre la maravillosa belleza de la prisionera.

–Pues yo –replico ésta– iba a hablarte de que nada hay de más bello en el mundo que el príncipe persa que acabo yo de ver. Seguramente es él más hermoso que tu tan ponderada princesa.

Con esto se entabló fiera discusión entre hada y genio, hasta que convinieron en poner juntos, para mejor compararlos, al príncipe y a la princesa mientras dormían. Al efecto, el genio arrebató a la princesa por los aires y, sin despertarla, la llevó a la torre y la depositó en el mismo lecho del dormido joven. Pero entrambos eran, en verdad, tan hermosos que la discusión entre hada y genio continuó más enconada aún.

Para ponerla término hicieron juez de ella a Caschach, jefe de los genios, quien, perplejo ante el problema, no halló solución mejor que la de que se los despertase alternativamente, para ver cuál era de mayor belleza moral; ya que en la física era imposible decidir. Se convino en que sería deputado por más hermoso el que, al despertar, diese al otro mayores muestras de ternura y de cariño.

Aceptado el consejo, Maimuna se convirtió en pulga, y saltando al cuello del príncipe, le picó con tal viveza que le hubo de despertar. Al ver a su lado aquel prodigio de hermosura, sintió nacer en su pecho un ardiente anhelo, para él hasta entonces desconocido, y que no era sino el amor. Temerosa de despertarla, la besó suavísimamente en la frente, en las dos mejillas y en la boca, dirigiéndola las más dulces y apasionadas frases como si le oyese.

Luego pensó que, sin duda, el sultán había ordenado todo aquello, y le pesó grandemente haberle ofendido con su desobediencia. En previsión de tal supuesto, se contentó con sacar cuidadosamente el anillo que la hermosa llevaba en su dedo, cambiándole por el suyo. No tardó en caer de nuevo en el sueño más profundo.

Llegado este momento, el genio Danhasch se transformó en pulga, a su vez, despertando a la princesa, la cual hubo de quedarse asombrada al verse acostada con un hombre. Del asombro pasó, al punto, a la admiración y al amor.

–¿Cómo? –exclamó–. Si éste es el esposo que me destina mi padre, yo he sido una mentecata en excitar su cólera, cuando tan feliz me empiezo a sentir con él–. Y comenzó a rodear de las más tiernas solicitudes al dormido, temiendo despertarle. Al irle a besar la mano, advirtió con sorpresa y con dicha que lucía en su dedo, sin saber cómo, el anillo de ella. Al poco rato se quedó dormida. El genio, entonces, la retornó a su palacio de la China como si nada hubiese pasado.

Al despertar Camaralzamán al otro día y verse solo, llamó a su esclavo, a quien preguntó cómo era que una dama hermosísima había venido a visitarle mientras dormía. Como el esclavo sabía bien que nadie había entrado en el aposento durante la noche, corrió a dar cuenta al rey del estado del príncipe. El rey envió al punto, para que se informase, a su propio visir, el cual, una vez oída la minuciosa relación del príncipe, no sabía qué pensar, y más cuando éste, por remate, le decía, después de haberle maltratado:

–Ve a decir al rey mi padre que al punto me quiero desposar con la dama que me ha visitado esta– noche misma.

El buen rey se llenó de pena al escuchar el recado de su visir, pensando por todo aquello que su hijo había perdido el juicio. Quiso convencerse por sí mismo, y fué a ver a este último.

Oyóle el puntual relato y se quedó espantado al ver que, del modo más inexplicable, brillaba en su dedo el anillo de la desconocida cambiado por el suyo.

–No alcanzo a comprender nada de cuanto aquí ocurre –dijo el rey–, y si el Cielo no se apiada de nosotros esclareciéndolo, temo que ello nos conducirá al sepulcro a los dos. Ven y que de ambos disponga el Destino.

Con esto le sacó de la torre y le llevó a palacio consigo.

En tanto acaecía lo dicho en la corte de los Khalendanos, ocurría otro tanto en la capital de la China. La joven princesa, al despertar, llamó a gritos a sus sirvientas preguntándolas por el príncipe a cuyo lado había dormido, y como no acertasen a explicarse el hecho ni a contestarla, las maltrató. El ama de leche de la joven refirió aterrada al rey el estado en que se hallaba esta última, temiendo por su razón. Gran espantó sufrió también el rey al informarse de ello, y más al ver lucir en el dedo de la joven el inexplicable anillo del príncipe. Reunió su Consejo y ordenó se pregonase que casaría a la princesa con aquel que lograra curarla de su locura.

Con el incentivo de la doble oferta del reino y la corona, acudieron de las cuatro partes del reino infinidad de curadores, sin acertar la causa del mal. Ciento cincuenta astrólogos, mágicos y médicos que pretendieron lograrlo y fracasaron sucesivamente, fueron fracasando y él rey los hizo cortar a todos la cabeza.

Pero el ama de leche tenía un hijo peritísimo en todas las ciencias y llamado Marzaván, quien, informado del caso, se hizo conducir secretamente por su madre a la presencia de la princesa, deseoso de hallar cura para su mal. Cuando esta última le hubo contado ce por be la triste historia de su imposible amor, se informó bien de las señas del príncipe, y despidiéndose de ella, no sin encargarla se armase de gran paciencia, se puso a recorrer uno por uno los reinos todos, sin oír hablar en ellos de otra cosa que de la hermosura de Badura, la princesa de la China, hasta que, al cabo de largos meses, arribó a Torf, populosa ciudad marítima, donde ya no se oyó hablar de la princesa Badura y sí del príncipe Camaralzamán, de quien se decía que estaba muy enfermo y se contaba una soñada historia de amor idéntica a la de la princesa de la China. Al escucharlo se llenó de gozo, informándose de que para llegar a la corte del príncipe había dos caminos: uno más largo, por tierra, y otro más corto, por mar.

Marzaván eligió este último, embarcándose; pero, antes de llegar a la capital, se estrelló su barco por impericia del piloto, y apenas si pudo ganar a nado la costa, siendo luego llevado al visir, quien, al ver la distinción de su porte y su mucha sabiduría, le contó la historia y le preguntó si sabría de algún medio para devolver al príncipe su salud. No necesitó más Marzaván para poner por obra su designio, y se hizo conducir ante el desdichado príncipe.

Grandísima fue su sorpresa al ver cuán enorme parecido mediaba entre éste y la princesa, tanto que, sin cuidarse de la presencia del rey y del visir, no pudo menos de exclamar:

–¡Cielos! ¡Si son idénticos!

Estas palabras asombraron tanto al príncipe que salió de su letargo, en el que llevaba días y días. Entonces, aprovechando la ocasión, el sabio Marzaván se apresuró con su imaginación vivísima a contarle al príncipe, en versos alegóricos, ininteligibles para los presentes, todo cuanto pasaba por el alma de la princesa desde el día de su ensueño de amor. Cuando hubo acabado Marzaván sus versos, el joven rogó a su padre por señas que cediese su asiento al desconocido. El rey, animadísimo ante el inopinado reaccionar del hijo, no sólo le dió gusto, sino que le

dejó a solas con el desconocido para que tuviesen mayor libertad.

–Príncipe –le dijo Marzaván al enfermo, en voz muy baja–. Cesad desde hoy en vuestra desesperación. Yo conozco a la mujer causante de vuestras penas, que es la princesa Badura, hija de Gaiur, emperador de la China. Ella misma me ha contado vuestra aventura, y también, como vos, languidece de amor. Vuestra alteza es el único que puede curarla si vuela a su lado; pero antes de partir para tamaño viaje, tenéis que restableceros.

El efecto curativo de estas palabras fué tal, que en pocos días el príncipe se vió sano y en disposición de emprender el viaje proyectado. Para vencer la resistencia probable del rey hacia tamaña aventura, Marzaván y el hijo fingieron partir sólo para una cacería de tres días.

Partieron, y al anochecer del día primero, aprovechando el que sus dos palafreneros dormían, Camaralzamán y Marzaván tomaron los trajes de los palafreneros, y montando en caballos de repuesto y llevando éste otro del diestro, escaparon a carrera tendida hasta que, al rayar el día, se encontraron en una encrucijada de cuatro caminos. Allí Marzaván se entró en el bosque; mató al caballo del palafrenero y rasgó el vestido que se había quitado el príncipe después de haberle teñido en sangre para hacer creer cuando les buscasen que una fiera había devorado a éste.

Anda que te andarás, después de largos meses de viaje los dos audaces arribaron a la capital de la China. Ya en ella, en vez de llevar Marzaván al príncipe a su casa le ocultó en una posada, donde permanecieron hasta reponerse de las fatigas del camino. Al par mandó hacer un vestido de astrólogo para poder presentar este último al rey y así llegar hasta el retiro de la princesa enferma. Cuando el flamante astrólogo fue presentado al rey y a la Corte todos se compadecían de él, tan joven y gallardo, teniendo por cosa segura su fracaso y su consiguiente muerte, como tantos otros temerarios que intentarían la empresa de curar a la incurable princesita.

Llevado Camaralzamán a la presencia del rey, éste se compadeció de él viendo el peligro que iba a arrostrar; pero ante la imposibilidad de disuadirle le hizo llevar ante la princesa. El, sin embargo, juzgó preferible el enviarla antes un billete, en el que, con los más vivos colores, le pintaba su amor con claras alusiones a la escena de la torre, y acompañándole de su anillo como prueba de autenticidad, y no bien lo hubo visto la joven Badura cuando, fuera de sí, rompió la cadena que la sujetaba y fue a echarse enloquecida en los brazos de su príncipe, devolviéndole el anillo, porque aquel cambio que de las joyas hiciesen en la noche memorable era la prenda más segura de su unión ante los hombres y ante Dios. El rey, loco también de alegría al ver curada tan mágicamente a su hija, abrazó al supuesto astrólogo, colmándole de atenciones, y le preguntó que quién era. El joven dijo:

–No soy, señor, ningún astrólogo. He tomado el traje de tal para conseguir más fácilmente mi santo objeto. Soy el príncipe Camaralzamán, hijo de Schahzamán, rey de las islas de Khalendan, en el mar de la Persia.

El asombro del rey al oír esto no tuvo límites, y al punto ordenó que se escribiese tamaña historia para ser transmitida a la posteridad. Al mismo tiempo se celebraron con gran pompa los desposorios. Marzaván también recibió un alto empleo por sus méritos.

–En medio de estos placeres una noche tuvo Camaralzamán un triste sueño, en el que viera a su anciano padre a punto de morir, abandonado del único hijo que había tenido y que iba a ser la causa de su muerte. Informando luego del sueño a su esposa Badura, ambos convinieron en solicitar del rey de China permiso para ir a visitar al anciano. Una vez conseguido aquél, se pusieron en camino.

Al cabo de cuarenta días de marcha, los esposos llegaron a un ameno prado rodeado de árboles, donde decidieron acampar. Una vez armada la tienda, Badura penetró en ella ínterin el príncipe daba órdenes fuera. Para más comodidad se quitó el cinturón y se quedó dormida.

Al entrar luego el príncipe se puso a examinar detenidamente las múltiples piedras preciosas que lo guarnecían. De pronto reparó en una bolsita cosida en el cinto con gran primor, conteniendo una hermosa piedra cornerina con letras y grabados ininteligibles, talismán protector que le legara su madre, la reina de la China. El príncipe, para examinarla mejor, quiso contemplarla a la luz del día; pero, según la estaba mirando y admirando, se precipitó sobre él un pájaro y se la arrebató, posándose un poco más allá en otro arbusto.

Camaralzamán, aterrado, persiguió al pájaro, quien dió otro vuelo y se puso más allá. Así poco a poco le fué engañando al príncipe hasta sacarle del campamento y hacerle extraviarse en la espesura. Exasperado la siguió así inútilmente durante diez días, comiendo y bebiendo lo poco que acertaba a hallar en el camino. Al undécimo día; vuela que te vuela, el ave se aposentó cerca de una gran ciudad marítima, y allí desapareció.

Muerto de pena y de cansancio, el joven príncipe penetró por las calles a la ventura, hasta topar con un jardín cuya puerta entreabierta parecía invitarle a entrar y descansar. Al punto tropezó con el jardinero, quien le recibió cordialmente, diciéndole:

–Yo mismo le he abierto la puerta, como a extranjero y fiel a la Buena Ley, porque ha de saber que esta ciudad está habitada por idólatras impíos.

Dióle rendidas gracias Camaralzamán, y luego que hubo comido y descansado, refirió al venerable anciano su historia toda. Al acabar de oírla, este último respondióle que desde la ciudad en que se encontraban hasta el país de los verdaderos creyentes había un año entero de camino, pero que por mar se llegaba en muchísimo menos tiempo a la isla de Ébano, y de allí no había sino un paso a la de los hijos de Khalendan.

–Por desgracia –añadió–, de aquí a tales países sólo sale un buque cada año, y el último hace pocos días que partió.

Por felicísimo deputó Camaralzamán aquel providencial encuentro con el buen viejo, y a su lado, trabajando con el jardinero y pensando siempre en su desgraciada princesa Badura, se decidió a aguardar pacientemente el tiempo aquel del plazo. Entre tanto, veamos lo que le aconteciese a ésta desde el día en que se vió separada de su esposo.

Tan luego como despertó Badura de su sueño y se vió abierto el cinturón, falta de la piedra y sin el príncipe su esposo, comprendió que la desgracia se cernía sobre ambos y que se verían perdidos si ella no apelaba a toda su serenidad. Como de la ausencia de éste nadie estaba enterado, salvo las doncellas, prohibió a éstas que dijese nada; se quitó su traje, vistiendo uno de Camaralzamán, a quien tanto se parecía, y como si fuese él en persona, dió órdenes de levantar el campamento, hizo entrar a una de las doncellas en la litera, montó a caballo y prosiguió su camino.

Después de un recorrido de muchos meses abordó en la isla de Ébano, haciendo anunciar al rey Armanos que quien llegaba era el príncipe Camaralzamán. Armanos recibió al supuesto príncipe con los honores debidos a su rango, decretando festejos en su obsequio durante tres días. Luego, prendado del mismo, le propuso el casarle con su hija. Badura, temiendo las iras del rey si se descubría su embuste, tuvo que seguir representando su papel de príncipe y desposarse con la princesa Haiatalnefus, que así se llamaba la hija del rey de Ébano.

Ya en la cámara nupcial, Badura no tuvo más remedio que confesar su sexo a Haiatalnefus, pidiéndola perdón y protección, después de haberle contado su increíble historia.

Haiatalnefus, que era también un alma grande y compasiva, se llenó de piedad ante tamañas desgracias, y, abrazando a Badura, la prometió secreto y protección. De esta suerte continuó la princesa Badura gobernando tranquilamente su reino a satisfacción del rey y de toda la nación, y en espera de días mejores, que relataremos luego que hayamos dicho lo que, entre tanto, aconteciese al verdadero príncipe Camaralzamán en el jardín de la ciudad. de los perversos idólatras.

El santo jardinero dijo cierto día, al cabo de muchos meses, a su huésped:

–Los idólatras celebran hoy una gran fiesta, y se irritarían si nos viesen trabajar. Yo voy, pues, a la ciudad para preparar su embarque próximo, y tú entre tanto descansarás.

Y se alejó.

Camaralzamán se recostó bajo un árbol pensando en su felicidad pasada y en su desgracia presente, aunque sin desesperar para lo futuro. Súbito advirtió que entre las ramas del árbol reñían dos aves, cayendo de allí a poco muerta una de ellas a sus propios pies. Luego llegaron otras dos aves más grandes, y con muestras de gran dolor la enterraron junto al árbol, y trayendo apresada al ave matadora, la sacrificaron también a picotazos sobre la tumba misma de la víctima, abriéndola el vientre y dejándola insepulta para pasto de los gusanos.

Asombrado el joven de cuanto veía, sin podérselo explicar, se llegó a esta última ave, advirtiendo con alegría que por entre sus entrañas desgarradas aparecía una cosa encarnada, que no era sino la piedra cornerina, talismán de su inolvidable Badura.

No hay palabras con que expresar la alegría de Camaralzamán y más cuando, después de haber besado y bañado en lágrimas de ternura la preciosa piedra, que

se ató cuidadosamente al brazo, vió entrar a su protector con la más grata noticia, acerca de su próxima y probable partida.

Al día siguiente, sin haber podido pegar los ojos de alegría, Camaralzamán marchó con su hacha a derribar cierto árbol que quería eliminar el jardinero por sus malos frutos. Al cortar una de sus grandes raíces sonó el suelo a hueco y saltó un objeto metálico, que resultó ser una gran plancha de cobre cubriendo una escalera de diez peldaños que conducía hasta una espaciosa estancia llena de vasijas de bronce con polvos de oro. En esto llegó el jardinero, anunciándole que el barco para la isla de Ébano saldría de allí a tres días y que ya dejaba arreglado su embarque en él. Entonces el príncipe le cogió por la mano y le dijo, llevándole ante el tesoro:

-¡Vea! ¡Dios ha querido recompensarle con este tesoro su noble acción al darme hospitalidad! ¡Todo es vuestro!

Pero el anciano se resistió a admitirle, diciéndole:

-¡Hijo mío, yo, a mis ochenta años y vecino ya al sepulcro, para nada le necesito a un tesoro que no he encontrado, sino tú. Le cargarás, pues, como equipaje y que él no te depare sino venturas!

Viendo el príncipe que no podría vencer la obstinación del viejo, cargó todo el tesoro fingiendo que eran barriles de aceitunas, en las que comerciaba con la isla de Ébano aquella ciudad. En uno de los barriles, bajo contraseña, ocultó, para que no se le perdiese, su talismán, y una vez embarcados los barriles se retiró a pasar la última noche con su protector. Mas éste se sintió inopinadamente enfermo, de mucha gravedad, tanto que el joven se vió ante el dilema terrible de renunciar a la partida durante otro año y no seguir la suerte de su equipajetesoro para quedarse a cuidar al anciano en sus momentos últimos, o bien cometer con él la negra ingratitud de dejarle sólo en el trance supremo. Como era noble y generoso. no vaciló un momento; antes bien dejó marchar el barco, y al punto que su protector expiraba, y después de llorarle y amortajarle, le dió piadosa sepultura en el jardín. Cuando luego fue al puerto, el barco había ya partido y él condenado a otro nuevo año de espera y de peligro, con más el dolor de que su talismán le hubiese de nuevo abandonado oculto en el barril de las aceitunas... No tuvo otro partido que arrendar el jardín a su dueño y tomar un criado que le auxiliara.

Mientras que el príncipe Camaralzamán comenzaba su segundo año de trabajos, dolores e impaciencia, el navío de sus barriles llegaba a la capital de la isla de Ébano.

El rey de la isla, o más bien la disfrazada princesa Badura, preguntó qué navío era el que llegaba y le dijeron que era el de todos los años con cargamento de ricas mercancías, salido del país de los idólatras.

La princesa, pensando siempre en su Camaralzamán y en que acaso pudiese él venir en el barco, se dispuso a salir al encuentro del mismo pensando que si venía no la reconocería. Llegó al puerto e hizo comparecer ante sí al capitán, llenándole de preguntas, y como por él supiese que entre otros ricos cargamentos venían cincuenta barriles de aceitunas, que a la princesa le gustaban extraordinariamente, se los quiso comprar todos, pero el capitán hubo de negarse a venderlos,

diciéndola:

–Señor: las aceitunas no me pertenecen, por ser de un pobre comerciante que se quedó sin embarcar por un accidente fortuito.

–Sin embargo, yo os libro de toda responsabilidad y os doy por ellas, no ya lo que valen sino hasta mil monedas de oro –replicó la princesa, ordenando llevasen a palacio los cincuenta barriles.

Ya en palacio y en compañía de Haiatalnefus, abrió aquella noche una de las vasijas, encontrándose con la sorpresa de que las aceitunas de todas ellas estaban mezcladas con polvos de oro, y cuando en una de ellas encontró a más su talismán de cornerina, fue tanta su emoción que cayó desmayada.

Haiatalnefus y sus doncellas socorrieron a Badura, y cuando ésta volvió en sí, fue su primer cuidado llamar al capitán del barco y hacerle zarpar al punto hacia la capital de los idólatras, con orden terminante, y bajo pena de confiscación de toda la carga, de traerle en seguida al dueño de los barriles. El capitán obedeció y se hizo de nuevo a la vela, trayendo consigo, de allí a pocas semanas, al verdadero príncipe Camaralzamán como a un prisionero deudor de no se sabe qué imaginaria deuda con el rey de la isla de Ebano. Ya en presencia de éste ni siquiera le pasó por las mientes que se hallaba ante su propia esposa, la llorada princesa Badura. Ésta regaló al capitán del barco un riquísimo diamante, dejándole en libertad de que dispusiese de su barco, sus mercancías y su persona, y se concertó con Haiatalnefus, la princesa de Ébano, acerca del modo mejor de darse a conocer a Camaralzamán. Lo primero fue hacerle introducir en el Consejo de la Corte y designarle, por su propio nombre, como consejero, cosa que llenó de asombro a Camaralzamán, no sabiendo cómo podría conocerle el supuesto rey, quien le hizo instalar en un lujosísimo palacio, nombrándole tesorero general.

Conviene advertir que al desposarse con Haiatalnefus, la princesa Badura había adoptado el mismo nombre de Armanos, que llevara su antecesor y suegro.

Renunciamos a narrar, por feliz y maravilloso, lo que ocurrió después. Baste decir que Badura fue preparando poco a poco el ánimo de Camaralzamán para que la alegría no le perjudicase con su emoción demasiado fuerte, hasta que cierta noche le llevó a su propio palacio, y, despojándose de sus vestidos de hombre, se arrojó en sus brazos, después de mostrarle el perdido talismán. Ya en el lecho le informó punto por punto de sus aventuras increíbles y le hizo narrar a Camaralzamán las no menos increíbles suyas con el ave y con el jardinero de la ciudad de los idólatras. Al otro día Badura se reveló con su verdadero nombre y sexo al viejo rey Armanos, quien tanto se sorprendió con la historia, que la hizo perpetuar por sus escribas. Como además la ley del reino permitía y aun aconsejaba que el sucesor del trono pudiese tener dos mujeres legítimas, no hubo dificultad ninguna en que Camaralzamán se casase también con Haiatalnefus como antes lo había hecho con Badura, la princesa china, sintiéndose muy felices ambas mujeres, porque con el trato y las recíprocas pruebas de abnegación que se habían dado, se había desarrollado entre ellas grandísima amistad. Cada una de las esposas le dió a Camaralzamán de allí a un año un hermoso hijo en medio de la alegría del reino todo. Al hijo de Badura se le llamó Amgiad, y Assad al hijo de Haiatalnefus.

Criáronse los dos príncipes hermanos, Amgiad y Assad, con el mayor esmero en la

corte de su padre, Camaralzamán, dándoseles los mismos ayos e iguales preceptores, con lo cual se sintieron unidos por un cariño inmenso, hasta el extremo de que nada sabía hacer el uno sin el otro, viviendo siempre juntos. Las dos reinas, sus madres respectivas, los querían tanto que hasta preferían a su propio hijo respectivo el hijo de la otra. Así Badura prefería a Assad, el hijo de Haiatalnefus, mientras que el predilecto de esta última era Amgiad, con tal extremo que, siendo ya adolescentes, concibieron tal pasión amorosa cada una por el hijo de la otra que fué el escándalo de todo el reino. Viéndose descubiertas entrambas reinas en su infamia decidieron perder a los dos jóvenes, aunque fuesen sus hijos, porque cada una de ellas era cómplice de la pasión de la otra; pasión sobrepuesta, por desgracia, a cualquier otra consideración y noble afecto. En efecto, los calumniaron ante el propio rey, diciéndole que los dos jóvenes habían pretendido atentar contra su pudor. Irritadísimo el rey iba a quitarles con sus propias manos la vida, cuando se interpuso el sabio y anciano rey Armanos conteniéndole.

Entonces ordenó al emir Giondar que los decapitase en las afueras de la ciudad, y para prueba de que lo había hecho le trajese sus vestidos. Obediente el emir tomó respetuosamente por la mano a los dos príncipes, y pidiéndoles perdón por lo que en él no era sino el doloroso cumplimiento de un mandato de su soberano, se dispuso a decapitarlos.

Pero acaeció una cosa muy singular: como era tan hondo y sincero el fraternal afecto que entrambos hermanos se profesaban, hubo de entablarse entre ellos un conmovedor pugilato, porque cada uno quería morir antes que ver morir al otro. Emocionadísimo el emir ante la pureza y la inocencia que se revelaba en aquellos juveniles semblantes, tuvo como una secreta intuición de que no eran culpables, pero como tenía que obedecer cortó el pugilato atándolos juntos para cortarles las dos cabezas de un solo tajo.

La inocencia tiene siempre una protección desconocida e invisible, así que ocurrió lo que menos podía pensarse, y es que al sacar Giondar el sable, su reflejo hirió inopinadamente la vista del caballo del emir, haciéndole espantarse, romper las riendas y escapar a galope selva adentro. El emir, que le tenía en gran estima, temiendo perderle corrió tras de él, dejando abandonados a los dos infantes, quienes, al sentir los tormentos de la sed, se desataron y se fueron para la fuente vecina. En esto, junto a ella oyeron los rugidos de un león, a quien pronto vieron abalanzarse sobre el emir. Éste habría sido destrozado a no interponerse Amgiad, que, cogiendo del suelo el sable del emir, de un sablazo se deshizo de la fiera.

Al levantarse Giondar y ver que debía la vida a los dos príncipes, les dijo, besándoles las manos:

-¡Dios me libre de mataros después de haberme salvado la vida! Acomodaos, pues, con lo poco que puedo daros de mis vestidos y escapad a un país remoto donde no sepa nada de vosotros vuestro padre.

Pundonorosos los dos jóvenes, le instaban a que cumpliera su cometido, decapitándolos, pero ante la rotunda negativa del emir, no tuvieron más remedio que acceder. Giondar empapó los vestidos de los jóvenes en la sangre del león y se los presentó al rey, diciéndole que los dos habían muerto perdonándole y protestando de su inocencia. Conmovido Camaralzamán registró los bolsillos de los vestidos, encontrando en ellos los dos billetes en los que las dos reinas les

revelaban a los jóvenes su pasión. El rey se desmayó. Luego que volvió en sí pensó castigar fieramente a las dos culpables, pero prefirió dejarlas entregadas a su destino.

Entre tanto los dos príncipes vagaron por bosques y desiertos, alimentándose de yerbas y evitando la vecindad de las ciudades, tanto o más que la de las fieras. Al cabo de una luna llegaron al pie de una montaña horrorosa e inaccesible, toda de piedra negra. La rodearon toda sin hallar practicable más que un estrechísimo sendero, por el que empezaron a subir penosamente temiendo morir de hambre, sed y fatiga antes de escalar la altura, en la cual vieron al pie de una fresca fuente un granado hermosísimo cargado de fruta. Comieron y bebieron, quedándose dormidos. Al día siguiente comenzaron el descenso, tardando cinco días en llegar a la altura, a cuyo límite se alzaba una opulenta ciudad, a la que se dirigió Assad para explorarla, quedando entre tanto Amgiad bajo la sombra de uno de los últimos árboles de la montaña para reponerse de su enorme fatiga, sucediéndole allí la aventura que se dirá en el siguiente capítulo.

(1) La versión española de “Camaralzamán y Badura es el mito de Flores y Blanca-Flor, que es el siguiente:

“El hijo de cierto rey era un sér completamente pervertido, que, confinado por su padre en cierto solitario paraje y no teniendo con quién saciar su pasión por el juego, evocó al diablo mismo, quien le ganó hasta la vida, quedando aguardaba, emprendió una loca huida sin rumbo conocido, y en una alquería abandonada encontró un caballo de incansables músculos de acero –un ferrocarril, o una bicicleta, quizá hoy diríamos–, dotado además de rara inteligencia: “Mira bien lo que haces antes de montarme –le habla dicho éste–; igual te puedo llevar a tu dicha que a tu ruina.”

El Príncipe, sin hacer caso, continuó su alocado camino, encontrando, a la luz de la luna, una herradura de oro, luego una pluma y, en fin, una chinela de oro también, de cuyos objetos se apoderó, contra el consejo de su caballo. Después de muchos días, divisaron un monte rodeado de una gran laguna y en su cumbre una casita blanca. El caballo le dice que le está vedado pasar de allí; pero que en la laguna, monte y casita aquella podría encontrar un objeto digno de sus anhelos: Blanca-Flor, su Hada, su Egeria, su media naranja, para lo cual tenía que menospreciar los encantos de cuantas flores hermosas trataran de atraerle a su paso y arrojarse sin titubear y de cabeza a la laguna. “Tuya seré –le dijo Blanca-Flor, apareciendo radiante de hermosura y envolviéndole en nube de ambrosía, así que se hubo arrojado en las ondas el Príncipe–; pero antes de poseerme –añadió aquella– te tiene que someter mi padre a duras pruebas, pues así está escrito que ha de acontecer con aquel que haya de ser mi esposo. Llámame en la aflicción y persevera hasta el fin.”

Momentos después se presentó el padre de la joven, que era un terrible ogro, quien encontrándole uno tras otro los objetos de oro que había guardado, le sometió por ellos a otras tantas pruebas; a saber: traer el caballo a quien perteneciese la herradura, sacándole de un establo encantado cuyas puertas sólo se abrían mientras sonaban las campanadas de las doce de la noche; aportarle el ave de los prodigios a quien pertenecía la pluma de oro, sacándola sin pérdida de momento de un maravilloso jardín de delicias capaces todas de perderle entre sus seducciones; y, en fin, arrancar de su ebúrnea torre, donde yaciese encantada hacia siglos, a la dueña de la chinela de oro, que no era otra que su adorada Blanca-Flor. Para esto último había de salvar a un pobre pez, acosado por los demás, a una infeliz hormiga y a una avecilla huyendo de un águila rapaz, actos de compasión que eran los únicos capaces de abrirle el camino según el consejo de su Egeria.

El príncipe dió cima a las dos primeras pruebas, con peligro inaudito; pero para la tercera tuvo que vencer además las astucias de una repugnante hechicera, ocultándose a su persecución en las aguas, en los aires y en la tierra, merced al poder mágico de aquellos mismos animalitos a quienes había compadecido. Blanca-Flor cae en sus brazos, vencidas estas pruebas; pero no puede ser suya por completo sin que venza antes otras pruebas aún más imposibles, como lo fueron el plantar en un día una inmensa viña en la falda de cierto árido monte, de tal modo, que a la tarde misma pudiese comer de ella uvas el ogro; buscar bajo las ondas de proceloso mar un anillo nupcial; matar a su adorada, hacer diminutos pedazos de su cuerpo, sin perder ni una gota de sangre; arrojarla al mar, siguiéndola después para encontrar el anillo y reconocer por último a Blanca-Flor entre cien otras, sólo por la vista de uno de sus dedos.

Vencidas todas estas pruebas y otras muchas, tales como domar potros cerriles, limpiar en tres días un establo inmenso habitado por cientos de bueyes durante siglos, tejer una tela irrompible, invisible e incombustible, etc., los amantes emprenden la fuga; pero han equivocado el caballo por fiarse de las apariencias, y el del ogro, que despreciaron por débil, es veloz como el propio viento. Los fugitivos pronto se verían perdidos a no ser por la precaución de Blanca-Flor, quien habla tomado al huir un poco de agua, un peine y un puñado de ceniza, que al arrojarlos detrás se transformaron respectivamente en un gran río, una selva espesa y una opaca niebla.

Alcánzalos el ogro, sin embargo, pero se ve engañado por la metamorfosis del caballo en huerto, el príncipe en hortelano y la doncella en frondosa lechuga. Otra vez es engañado también con la transformación de éstos en ermita, ermitaño e imagen bendita. Por fin, el ogro es sepultado en el abismo, bajo un conjuro mágico, y los dos amantes llegan así a las cercanías de la Gran Ciudad de las Puertas de Oro, donde tiene que adelantarse el príncipe para dar al Padre-Rey entera noticia de sus aventuras, quedando encantada Blanca-Flor en un pozo en tanto aquél volviese. El príncipe pierde al objeto de su amor, dejándose abrazar por alguien contra la terminante prohibición de su dama, a

quien en aquel punto, sin poderlo evitar, olvida, y cuando ya va después a casarse con otra, se presenta aquélla disfrazada de ancianita y cuenta al príncipe una dulce historia de amor. El joven despierta entonces como de un sueño, bajo aquella misteriosa armonía del relato; reconoce a Blanca-Flor, se desposa con ella entre grandes fiestas por todo el reino, y, años más tarde, hereda el cetro de su padre, gobernando con felicidad durante muy dilatados días.

En esta sugestiva leyenda va envuelto un simbolismo asombroso que recuerda al mito de Thor, a Odín, a Fausto y a la tierna fábula de Psiquis y Heros, de la que luego nos Ocuparemos. Rompiendo la vulgaridad de la vida, el príncipe, como el celeberrimo doctor, busca lo ignorado, lo extraordinario, por no bastar a nuestro sér lo conocido. Como él, firma con el diablo un pacto de sangre; como él, va preparando la unión definitiva entre el ego inferior, representado por el príncipe veleidoso, y el Ego superior simbolizado en las dulzuras de Blanca-Flor, su Minerva protectora, con la que se desposa en definitiva, después de haber triunfado de cuantos obstáculos interpone el mundo astral, representado por el ogro, que tan repetidamente pone a prueba la fe, la perseverancia y el vigor del neófito.

Este sigue primero los estímulos de la curiosidad, “el deseo de la ciencia del bien y del mal”, que diría el Génesis; cambia su caballo corpóreo por otro de férreas resistencias; halla el oro simbólico en diversas formas, y con él un riesgo extraordinario de perdición que le impone las primeras pruebas, las cuales exigen audacia y rapidez en el obrar, prescindiendo de las apariencias exteriores. En la de recabar a Blanca-Flor surge ya el divino elemento de la compasión universal hacia todo lo pequeño y abandonado, hacia todos los seres que sufren, homenaje al dolor universal que destierra de nuestro pecho el egoísmo dándonos la llave del Misterio. En ésta y en las demás odiseas del príncipe se ve la fuente donde se inspirasen muchos cantos fantásticos de Espronceda y no pocas leyendas de Bécquer y de Zorrilla.

Vencida la prueba de los cuatro elementos, viene luego la realización de los humanos imposibles. La viña de la verdad, surge del matorral, mágicamente, cual los muros de Atenas al conjuro de Minerva. El recabar el anillo nupcial exige la renuncia de lo más querido, un heroísmo sin igual para una operación de verdadera alquimia. La tela invisible que se ha de tejer, recuerda a la de Penélope, como los potros cerriles domados por el príncipe son similares de las fieras domeñadas por Hércules y los famosos bueyes de Gerión. Por su parte el jardín del Ave de los prodigios, verdadera ave fénix, se relaciona con el Dédalo de Ariadna o el jardín de las Hespérides, y la gota de sangre vertida por inadvertencia, la gota de leche desprendida del pecho de Juno para formar la Vía Láctea en la teogonía griega, o el grano de granada de las leyendas orientales comido en la noche del solsticio.

Como a Odín, como a Rha, como a Júpiter, como a Dino, como a Jesús, como a Mahoma, como a todos los genios de las religiones, en fin, la fuga se impone a la gentil pareja, para escapar a las herodianas persecuciones del ogro, y acercarse así a la Gran Ciudad, al Amenti, al Devachán, al Empireo, al Elíseo, que han de conquistar los héroes legendarios, a la ciudad del Padre-Rey, el Padre Común, Dios, y por cierto que tal curiosa desinencia es general en los romances populares.

El error de última hora del príncipe está a punto de costarle un completo fracaso por fiarse de las apariencias exteriores –ilusión, Maya– desoyendo el consejo de su numen. Esto acarrea nuevas y dolorosas pruebas, en las que se dominan los elementos por la magia blanca de los rectos propósitos. En la transmutación de la huerta y de la ermita se advierte ya la superioridad de los elementos del Bien sobre los Inferiores, o del Mal –ceguedad de Herodes, transfiguraciones de Jesús, Apolonio de Tiana, y, en general, de todos los Adeptos–. La prohibición de que no abrazase a nadie el príncipe a su entrada en la Corte concuerda con aquellas bellísimas frases de Harmann sobre el Ego Superior del Hombre, el del Amor santo y exclusivo que, cual casta esposa, no tolera rivales. Este olvido de última hora es característico de multitud de cuentos orientales.

El plácido mito de Blanca-Flor es, en fin, uno de los más típicos de nuestro Folk-lore, como lo comprueban las mil variantes con que aquí y allá le ha exornado la musa del pueblo, siempre fecunda y prodigiosa, esa misma musa que ha conservado los elementos originarios de dos de las mayores epopeyas de la Humanidad: la Ilíada y el Poema del Cid, gala de nuestro Romancero.

Hay en Occidente un monumento literario sin rival en cuanto al elemento legendario antropológico: la divina leyenda de Apuleyo en su Asno de oro. Este gran hombre del África romana, que viajó, como Blavatsky, por la India y quizá por el Tíbet, dió al siglo IV todo un mundo de verdad y belleza con su fábula de Psiquis y de Heros.

Para que los oyentes que aún no son miembros de la Sociedad Teosófica no se imaginen que puede mediar por nuestra parte algún prejuicio en este asunto, citaremos aquí al más hermoso de los trabajos del ilustre catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid, el que lleva por título El mito de Psiquis. Un cuento de niños: una leyenda simbólica y un tratado de Filosofía. Nada más elocuente ni más teosófico que el precioso librito, porque se encamina a demostrar, tras una brillante exposición histórica de cuantos sistemas filosóficos se han sucedido en Occidente, que toda la ciencia de los Aristóteles, los Kant o los Schopenhauer, no enseña ni un átomo más que lo compendiado en el mito cosmogónico de El Caballero del Cisne y en el antropológico recogido por Apuleyo en su “Asno de Oro”, o sea La Leyenda de Heros y Psiquis.

Empieza, pura y simplemente, por el cuento de aquel príncipe brillante que se perdió en un bosque y, disfrazado, llegó a una cabaña, donde se enamoró de la hija del pastor, con la cual se quiso casar, ocultando sus insignias reales en un zurrón. Se convino que se casarían, con la condición de que la desposada jamás trataría de conocer el pasado del joven. Efectivamente, así fué durante algún tiempo; pero, al final, la curiosidad femenina acabó por vencer, como de costumbre, y la joven, después de casada, deseando conocer lo que contenía el zurrón, le abrió, encontrando las insignias del príncipe y perdiéndole para siempre.

Esta es la base del mito de Eva; la curiosidad de la mujer perdiendo al mundo, que se ve en El mito de Psiquis.

EL VELO DE ISIS
Mario Roso de Luna